

# Unos momentos con la Pasionaria

Reproducimos aquí un artículo aparecido en Buenos Aires, sobre La Pasionaria, elegida ahora diputada a las Cortes españolas como representante del Partido Comunista en la lista presentada por el Frente Popular.

Me refiero a Dolores Ibaruri. El pueblo español, con ese sentido suyo del apodo, tan agudo, ha hallado uno bien expresivo para esta mujer. Porque Dolores Ibaruri es, en toda la fuerza de esa palabra, una pasionaria.

Quando durante la revolución de octubre una equivocada información nos trajo la noticia de que la Pasionaria, una muchacha de Oviedo, había sido muerta por las tropas del Tercio mientras manejaba una ametralladora defendiendo a sus camaradas, el nombre de la Pasionaria era casi desconocido entre nosotros. Esta noticia provocó asombro y admiración. La Pasionaria era la heroína de Asturias.

Su nombre y su heroísmo me hicieron una fuerte impresión. Me informé después de su actuación en varios congresos y leí algunos párrafos de sus discursos. Muchas veces su recuerdo magnífico me llevaba a imaginarla en la epopeya de Oviedo manejando la ametralladora, y como envuelta en un resplandor rojo, con la mirada fija en el enemigo. Cuando llegué a Madrid, no hace todavía un año, mi primera pregunta fué por la Pasionaria. Allí me enteré de la verdad de lo ocurrido. Dolores Ibaruri no había muerto. Su nombre se había confundido con el de La Libertaria, "una muchacha de Oviedo que había sido muerta por las tropas del Tercio mientras manejaba una ametralladora".

Todos mis amigos me hablaron con gran entusiasmo y admiración de Dolores. Dolores, junto con María Teresa León, la admirable compañera del gran poeta Rafael Alberti, es en la actualidad la mujer de más prestigio en España, dentro de la lucha antifascista y antifruerera. Traté de acercarme a ellas. María Teresa León no estaba en España. Dolores Ibaruri estaba en Madrid; pero con su libertad amenazada por varios procesos de índole política.

Un día fui invitada a conocerla.

La emoción no me permitía casi marchar con firmeza por entre la agigarrada multitud que frecuenta en las horas de la tarde las veredas de la Gran Vía. Sentía inquietud como la proximidad de un resucitado, ya que la imagen de la Pasionaria subsistía en mí como la imagen de una muerta, envuelta en un resplandor rojo. Llegamos. Mi compañero me condujo hasta el cuarto piso de un edificio ocupado por numerosas oficinas. Nos detuvimos ante una puerta con una chapa en la que se leía esta inscripción: PRO-INFANCIA. Entramos a un pequeño salón. Hombres y mujeres, algunas con niños en los brazos, aguardaban. Un murmullo de voces venía de la sala contigua. "Pro-Infancia" es una sociedad que se ha constituido para la protección de los miles de niños desamparados de Asturias. Más tarde tuve la oportunidad de ver llevar a la Estación del Norte, de Madrid, el tercer contingente compuesto por ciento setenta niños huérfanos traídos desde Asturias.

Quando nos hicieron pasar, varios grupos de personas conversaban y discutían en la sala relativamente espaciosa. Mi vista fué directamente hacia una mujer vestida de negro, alta y morena. Ella tenía que ser la Pasionaria. Hablaba con hombres y mujeres y acariciaba de vez en cuando a los niños que le rodeaban. Nos acercamos. Su expres-

sión de bondad, simpatía y firmeza indicaban su dominio, su prestigio. Una mujer, no una muchacha. Una mujer de cuarenta años, de rasgos sufridos y bellos. Hablamos con ella unos instantes. Una emoción visible se reflejó en su rostro noble cuando la enteramos de la noticia de su "muerte" que había corrido por América, cuando le dijimos que un escritor argentino había compuesto una página dramática sobre su muerte.

"Sí — nos dijo — todos creyeron que era yo. Me confundieron con la Libertaria. ¿Ven ustedes aquella muchacha que está allí sentada? — y señaló hacia un ángulo de la sala — es hermana de la Libertaria. Tenía veinte años; y con qué heroísmo peleó! Se llamaba La a Lafuente. Yo estaba también en Oviedo. Poco después me detuvieron".

Hubiera deseado hacerle mil preguntas, pero la gente la interrumpía, a cada minuto. Le dije que quería mandar a Buenos Aires alguna fotografía suya.

— "Te daré dos — me contestó — una en plan de trabajo, en mi casa y otra que conservo del Congreso Femenino Antifruerero de París".

Luego me preguntó por Anibal Ponce y Nydia Lamarque, a quienes conocía. Me prometió contarme muchas cosas y quedamos citadas para días después.

A la mañana siguiente se celebraba en Madrid un gran mitin pro-amnistía. La Pasionaria estaba designada para hablar.

Dolores Ibaruri es vizaína. Su compañero y ella es hija de mineros, también. Su conciencia revolucionaria despertó mientras los pesados trabajos de su hogar le permitían leer los libros que su compañero conocía ya. Aprendió sola, por instinto. Por eso cuando habla despliega una fuerza irresistible de agitadora popular.

Su estampa magnífica, además, impresionante.

Quando está en la tribuna, sus ojos, tristes y cansados, se encienden; un gesto personal anima su actitud. Fija la mirada ardiente, los finos labios contraídos, la cabeza inclinada, como si fuera a embestir. Su brazo se alarga hacia la masa con el puño cerrado, su negra melena se alborota. Y habla. Cuenta cosas horribles que ha visto y describe claramente todo. Cuenta lo que ella sabe. Es la Pasionaria. Se la ve sobre la multitud, como sureolada, hablando de los campesinos, de los obreros, de los huérfanos, de los muertos, y llamando a la unión.

El mismo día del mitin se le inició otro proceso y tuvo que salir de España. Estaba en Moscú cuando yo dejé Madrid.

Antes de mi partida volví a "Pro-Infancia". Buscaba a alguna persona que me pudiera dar referencias de Dolores. Una muchacha de 16 años, más o menos, se me acercó y me dijo:

— "Yo te podría dar una fotografía de Dolores y también una copia de su discurso del último mitin, ¿sabes? Yo soy N. Todos me conocen. Estuve presa ocho meses porque junto con otras campesinas apedreamos un camión patrullero. Margarita Nelken me hizo salir de la cárcel. Esta noche, a la salida de los cines, vamos a vender estos periódicos; si los guardias nos dejan, ¿sabes? Yo te mandaré todo mañana.

Esa noche, como tantas otras, ambulábamos por las calles de Madrid, tan bella, tan profunda, tan quieta. Sentí una gran curiosidad por verla a N. voceando con toda bravura el periódico ilegal. Recorrimos los cines. Pero esa noche la ciudad estuvo más ensombrecida que nunca por los guardias de asalto.